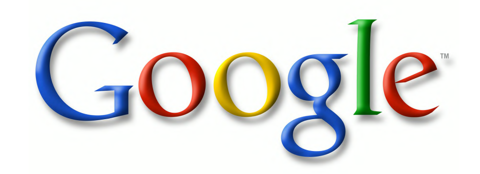




FELIPE TRIGO

LA CAMPAÑA FILIPINA

(IMPRESIONES DE UN SOLDADO)

I

Estoy completamente convencido, y no he de tardar en demostrarlo ... dentro, que no sólo durante la actual regencia, sino desde el reinado de D. Alfonso XII, no hay general que haya prestado á la patria un servicio mayor que el general Blanco.

F. ROMERO ROBLEDO.

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
2 — CARRERA DE SAN JERÓNIMO — 2
1897

EL GENERAL BLANCO

Y

LA INSURRECCIÓN

A mi distinguido amigo el Marqués de Altavilla, Director de *El Cardo*, en prueba de afectuosa consideración

Felipe Pérez

Felipe Trigo

LA CAMPAÑA FILIPINA

(IMPRESIONES DE UN SOLDADO)

I

EL GENERAL BLANCO

Y

LA INSURRECCIÓN

Estoy completamente convencido, y no he de tardar en demostrarlo ahí dentro, que no sólo durante la actual regencia, sino desde el reinado de Don Alfonso XII, no hay general que haya prestado á la patria un servicio mayor que el general Blanco.

F. Romero Robledo.

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

2 — CARRERA DE SAN JERÓNIMO — 2

1897

Madrid.—Imprenta de Fortanet, Libertad, 29.

DE «EL NACIONAL»

(11 de Mayo).

Este artículo con que honramos hoy las columnas de *El Nacional*, no necesita artificios de encomio. En las presentes circunstancias, cuando se pretende inclinar la opinión á glorificaciones que se fundan sobre el descrédito militar de otras grandes figuras de nuestro Ejército, viene á ser como noble alerta de un juicio sereno y reposado ante las nerviosas impaciencias de unos cuantos.

No participamos de algunas ideas expuestas en las anteriores líneas por el héroe de Fuerte Victoria. Pero el pensamiento general, la noble defensa de reputaciones y prestigios mezquinamente atacados, la sinceridad elocuente y el honrado vigor que campean en el artículo, nos han movido, más que á aceptarlo, á solicitarlo con decidido empeño.

No podrá encontrar la malicia censuras ni molestias personales en el primoroso artículo del

Sr. Trigo. Lejos de eso, enseña cómo puede ensalzarse una figura militar sin deprimir al resto del Ejército y adelanta con imperiosa autoridad aquel futuro juicio definitivo que al cabo se abrirá paso en el espíritu público.

Quien escribe esas líneas, perfumadas de sinceridad, sabe de la guerra filipina algo más que Reparaz y que todos nosotros. No con vanos alardes, sino con sangre de sus venas, ha dejado escrita en el Archipiélago filipino la página más gloriosa y conmovedora de la impía sublevación tagala.

El nombre y la figura de Trigo, difundidos á la admiración de España por la pluma de todos los periodistas y el lápiz de todos los dibujantes, prestan valor inmenso á esas reivindicaciones honrosas. No un hombre codicioso de gloria, sino abrumado de ella; no las ansias de notoriedad, por mejores y más seguros caminos adquirida, sino el noble impulso de la verdad y hasta las obligaciones de la conciencia, han dictado ese artículo, que recomendamos á la meditación de nuestros lectores.

Y ahora, los que discutimos de la guerra desde las redacciones y los círculos, los que pronuncian su fallo desde los cafés y las plazuelas, tomen autoridad y bríos para desbaratar los razonamientos del heroico Trigo.

No faltará quien lo intente, que antes sobra en estos tiempos quien sea osado á más altos delirios. Pero quien lo hiciere, tome en cuenta que el autor

de este artículo ha tenido que dictarlo: ambas manos quedaron rotas en Filipinas bajo los golpes crueles de los bolos tagalos, y el cuerpo todo, cruzado de cicatrices, pregona hazañas que durarán en la memoria de las gentes cuanto durare la estimación de los sacrificios por la patria.

CUATRO GENERALES.

Polavieja,
Blanco,
Lachambre,
Primo de Rivera.

Por mares ya casi españoles navega el buque en que torna á la madre patria el ilustre soldado á quien la fortuna deparó, con el mando de Filipinas, la ocasión de la victoria. Supo el marqués de Polavieja dar los más acertados impulsos de sus talentos militares á los formidables elementos de guerra que, flamantes y como para él solo recién preparados, encontró al pisar el Archipiélago; acertó (á la manera de esos célebres jugadores de ajedrez por telégrafo) á mover las piezas desde lejos con precisión admirable; atinó con un golpe de muerte á la insurrección tagala, y España entera le aguarda para ceñir en su frente los laureles del vencedor.

***

España es un pueblo idólatra de sus prestigios, y se honrará enalteciendo al general que llega. Mas

por lo mismo que de un pueblo reflexivo y digno se trata, próximo hoy á dar la sanción suprema de su aplauso á los méritos de un hombre ilustre, conviene que, por el relato sincero de un testigo de grandes errores colectivos del miedo ó de la impaciencia, traducidos luego en grandes injusticias sociales, sepa tener en el corazón, mientras las manos aplauden y las gargantas enronquecen con los vivas al primer jefe del Ejército vencedor de los caviteños, el recuerdo de otros tres generales.

El del general Lachambre, que, guiando las tropas al triunfo, decidía como genial caudillo las dificultades imprevistas surgidas frente al peligro; el del general Primo de Rivera, que prosigue audazmente la conquista; el del general Blanco, á quien debe la altiva España el haberse ahorrado la vergüenza de perder Filipinas.



Son estas líneas (debo decirlo antes de proseguir) la confesión sincera de un español. Y como tales, tan honradas, que quien las escribe tiene que olvidar para trazarlas más de un disfavor personalísimo que acaso debe exclusivamente al general Blanco.

Ahora, un trozo de historia.

De historia de actualidad, aún no escrita, desconocida.

De historia que, cuando surja limpia y pura (y no tardará mucho) de entre el montón inmenso de

calumnias, como gota de oro de entre las escorías, dará al general Blanco el timbre más preciado de su vida, llena de hazañas famosas.

. . . .

Armando de L'Iniers, un escritor muy conocido, ha publicado días atrás un folleto que titula *De política.*

Ha hecho cierta fortuna el folleto.

En él se pide un dictador como único remedio á los males presentes.

Es obra de la ofuscación de un demócrata; y por paradógica consecuencia en estos tiempos de desorientación general, los carlistas han sido los primeros en aplaudirlo.

Y sí; fuerza sería convenir en que L'Iniers tendría razón; en que se impondría algo raro, algo anómalo y violento, si todos los españoles, cegados por vapores infectos que de la podrida política trascienden, nos empeñáramos en juzgar de las cosas de la guerra, es decir, de las cosas del Ejército—de lo único serio que nos va quedando como organismo social—con la acometividad pasional en su forma y frívola en sus motivos con que nuestro impresionismo falla en todos los demás asuntos públicos.

Nuestras guerras no son, no deben ser, no pueden absolutamente ser teatro donde una camarilla de intrigantes ó un neurosismo del público preparan ó deciden á voluntad un triunfo ó una catástrofe.

Y eso está pasando con nuestras guerras.

Eso acaeció, sobre todo, al principio de la de Filipinas.

***

Entregado el Archipiélago de Magallanes á los frailes casi desde el día en que el célebre navegante lo descubrió, los frailes lo son allí todo. Están por encima del gobernador general, que si no se les somete peligra en su gobierno. Ellos han tenido y tienen la dirección, la exclusiva de la alta política, y ellos se jactaron siempre de ser los únicos conocedores del corazón tagalo, porque cuidaron de tres cosas: aprender el enrevesado idioma del país, á fin de entender á los naturales; no enseñarles el castellano, con objeto de que los españoles no los entendiesen, y apoderarse de las conciencias por el confesonario.

De este modo, cuanto se relacionaba con los indios, les incumbía; y desde el capitán general abajo, á ciencia y paciencia de los Gobiernos, todos eran allá meros agentes ejecutores de la voluntad frailuna.

La cosa, bien ó mal, marchaba. Pero hé aquí que de unos cuantos años atrás, los frailes, endiosados en su papel de altos directores, empiezan á marearse de vanidad, á recluirse en sus gabinetes de diplomático y á dejar el confesonario (sin que por ello consintieran en ceder su influencia inspectiva á policía española) á ¡curas indios!

Sucedió lo que debía suceder. Conspirábase *en*

idioma tagalo, en pueblos donde el cura, que podía *oir*, se había dedicado á *no escuchar;* y ¡claro! el formidable estallido de la hecatombe, fué el primer aviso que de ella tuvieron los frailes y los que no eran frailes.

***

¡Un horror!

Manila se vió llena de insurrectos. ¡Lo eran sus 500.000 habitantes indígenas! Cavite se levantaba en masa, y la rebeldía, manifiesta de hecho en muchos puntos de Luzón, estaba en las entrañas mismas de todos los filipinos. Y entre ellos los cuántos centenares de españoles, á 3.000 leguas de la madre patria, sorprendidos todos por el espantoso empuje de la rebelión y aterrados los más por las amenazadoras proclamas del Katipunán y por los asesinatos que no dejaban duda de la feroz y fría crueldad tagala, tenían por únicos defensores... ¡un regimiento peninsular de Artillería!

Yo estaba en Manila y no podré jamás olvidar el singularísimo aspecto de la capital en aquellos días infaustos. Salir á la calle era una temeridad. Como siempre, por cada cara blanca encontrábanse 3.000 amarillas. Pero ¡como nunca! aquéllas habían trocado su tradicional altivez por la palidez marmórea del reo de muerte, y éstas mostraban en sus labios gruesos una jamás presumida insolencia burlona, una ferocidad salvaje que ya no era preciso disimular.

Los españoles de Filipinas pensaban un día y otro día en sólo una cosa muy triste: morir. Los que no sintieron la paralización del terror en sus venas, querían á todo trance morir matando. ¡Un mes para recibir socorro de la patria!... ¡No, la tremenda cuchilla tagala no estaría amenazando en vano tanto tiempo! Temblaban las manos, de pavor ó de coraje; se descubría con espanto la *incisión* en cada brazo que se miraba... y se desarrolló una tal fiebre de prender á todo el mundo, que si en unas cuantas horas rebosaron las cárceles, en unos cuantos días no hubo puertas para los detenidos, y al mes de haber seguido así, suponiendo que se hubiera podido seguir, habría resultado que estaban presos ¡¡los diez millones de tagalos!!

Un grito, un rugido de agonía sacudía los pechos con unanimidad insensata: el de acabar pronto y *de cualquier manera*. Se escapaba, sí, de todas las bocas de europeos, de absolutamente todas... menos de una: la del general Blanco, que miraba impávido el peligro, con serenidad olímpica, midiéndolo, en medio de la consternación general, con la heroica sangre fría de quien en sí propio, en su talento de gobernante, vislumbra aún la esperanza de salvar para España, con un pedazo de ella misma, la honra nacional.

Entonces *él solo*, frente á los huracanes deshechos de una raza poderosa en su odio y en perfecta oposición de las pasionales impaciencias de los de la suya, desoyendo al arzobispo, disolviendo, para no

oirla siquiera, la junta de autoridades, puso coto á la fiebre alguacilesca, empleó las escasísimas fuerzas de confianza que había, en estar á la defensiva, en vez de lanzarlas desesperadamente á TOMAR CAVITE, que era el anhelo insensato de los demás, y aplazó los fusilamientos hasta que algunos barcos con tropas llevaran desde aquí las garantías del rigor.

Otra cosa hubiera sido más que jugar la suerte de Filipinas *á una carta, según allí se decía y se deseaba;* porque hubiera sido, sencilla y tontamente, estar entre las garras de un tigre, tener alguna probabilidad de salir de ellas con tiempo y maña para vencerlo después, y optar, sin embargo, con impaciencias insensatas, por irritarlo y morir miserablemente destrozado.

El general Blanco, capitán general, olvidó sus bravuras de militar, tan gloriosamente probadas mil veces, en Peña-Plata, en Mindanao, porque era y debía ser otra cosa: gobernante, sutilísimo político, frente á una situación tan difícil, tan horrible como jamás gobernante alguno pudo contemplar. Y el general Blanco, el insigne gobernador general de Filipinas, por el temple sobrenatural de su voluntad, resistiendo la furia de la crítica, de la calumnia, del insulto casi, se impuso y conservó el dominio hispano en el Archipiélago de su mando.

***

Yo tengo para mí que el general Blanco, el 11 de Noviembre, cuando, contando ya con algunos refuerzos, distaba aún de tener completo el ejército que calculó preciso para dominar en Cavite, yo tengo para mí, digo, que el ilustre general se propuso entonces demostrar prácticamente, con una concesión ya posible á las aplastantes imposiciones de todos, cuánta razón había tenido en su conducta: en efecto, lanzó sobre Noveleta y Binacayán todas las pocas fuerzas de que disponía. Fueron derrotadas.

Treinta días más tarde habían llegado muchos miles de cazadores; y los últimos batallones, en el propio barco en que iba un general, sin que Blanco se diera cuenta precisa de para qué iba; porque el insigne gobernante esperaba precisamente aquel buque para cambiar el frac del diplomático por la guerrera con entorchados y las espuelas del general en jefe que quiere colocarse al frente de las tropas. Mas el cable había transmitido á España aquel desdichado clamoreo del pánico, y con él la saña y la calumnia, de las cuales habíanse hecho eco algunos periódicos que, atentos siempre á la opinión, á tres mil leguas no pudieron apreciar lo insano de la que era engendrada por la locura colectiva del dolor. Mas ¡ay! que el Gobierno, empujado por la opinión pública, no tuvo otro remedio que ceder, ¡y enviaba á aquel general, á Polavieja, para que hiciese lo que esperaba hacer, y hubiese hecho, el general Blanco como glorioso

remate de su colosal é inadvertida y calumniada obra de gobernante! (1).



Ya viene Polavieja. Viene cubierto de gloria. Habiendo necesitado para combatir en Cavite todo el Ejército que Blanco dispuso, y bastante más que el primero de ambos pedía, acaba de demostrar por otro procedimiento que Blanco hizo bien al no intentar la conquista de Cavite con *un regimiento peninsular*.

Y de que hay en España más de un general capaz de conducir las tropas á la victoria, en Filipinas mismo lo están demostrando á su vez: Lachambre, con sus hechos pasados de caudillo bizarro; Primo de Rivera, recién llegado, continuando con gallarda brillantez la serie de los triunfos no interrumpidos.



Y yo pregunto para final á Armando de L'Iniers, y á los dislocados en que halló su idea entusiasmos de un minuto:

(1) De *La Época* del 12 de Mayo:
El Sr. Trigo, en el artículo que publicó ayer *El Nacional* y varios periódicos, parece indicar que el general Polavieja fué nombrado capitán general de Filipinas al salir de la Península.
Conviene recordar que el señor marqués de Polavieja fué al Archipiélago con el cargo de segundo cabo, y que si pasó á desempeñar el mando superior del Archipiélago y dejó este alto puesto el general Blanco, fué como resultado de las conferencias celebradas entre ambos.

¿Haría falta un dictador? ¿Será verdad que es necesario, puesto que la adulación y la calumnia y la injusticia y la infamia son ya cosas arrojadizas á las figuras del Ejército, á los últimos prestigios que sostienen el edificio nacional?

Pues bien; si un dictador es un sable, ahi están (solo de Filipinas) Blanco, Polavieja, Primo de Rivera, Lachambre.

Si un dictador es un sable y un talento político de primer orden, sólo queda probado en la más tremenda experiencia un nombre:

El del general Blanco.

(De *El Nacional*, 11 de Mayo.)

Á MANERA DE PRÓLOGO.

I.

Sí, á manera de prólogo, y no por afición á ellos, sino para salvar de una vez puntos accidentales, dejando los de transcendencia á los artículos con que la provocación me obligue á continuar el que yo calculé primero y único en defensa de un calumniado.

No podría afirmar sin hipócritas modestias que al escribir aquel deshilvanado y kilométrico alegato de defensa, lo hice sin fe en el resultado. No, yo no escribí nerviosamente aquellas cuartillas entre terrones de azúcar de la mesa de un café, impulsado por algo que fuese en mi corazón la famosa gota con que los corazones llenos de indignación rebosan, como he escrito otras veces, bajo impulsos parecidos, nervioso también contra cualquiera, pero con la seguridad triste de que mi voz se perdería estérilmente como la del predicador en el desierto. No, repito; en esta ocasión faltaba el predicador, y lo pedía á voces, sin embargo, una multitud desorientada, llena de atención, de curiosidad,

perdida la vista al través del tiempo y la distancia, indecisa en el juicio de sucesos importantísimos, de los cuales únicamente llegaban á su oído las vibraciones del cable, alambre imbécil que tiene por oficio escuchar á todo el que le habla.

¿Por qué, pues, no había yo de ser quien escalara la tribuna, ó mejor, aquel púlpito vacío, que religiosa en su solemnidad era la atención con que le contemplaba España entera? ¿Qué importaba ser un desconocido? ¿Qué importaba, si la muchedumbre no pedía retóricas y equilibrios de ingenio para vestir brillantemente falsedades de que estaba harta, sino que anhelaba, por el contrario, confesiones, hechos, en la desnudez hermosa y casta de la verdad?

* * *

Pues bien, yo tenía esas verdades, y por su fuerza... ¡sólo por su fuerza! el artículo de un cualquiera, tan cualquiera que antes que acogido imparcialmente por *El Nacional* fué cortésmente rechazado por *El Liberal*, se comentaba al otro día en la prensa, se telegrafiaba á todas partes y se imponía en todas también, incluso en las redacciones de periódicos tan ilustres como *El Imparcial*, *El Tiempo* y el *Heraldo*, muchos de cuyos redactores, corresponsales telegráficos de la prensa de provincias (1), lo elogiaban individualmente al

(1) Véase la pág. 35.

transmitirlo; bien que en conjunto, como tales entidades de responsabilidad pública, y teniendo para con el público trazado un plan que nació, sin duda, al calor del aliento generoso y de la nobleza intachable de los tres colegas, guarden respetuoso silencio como arrodillados dentro de casa ante el esplendor de la verdad. Un silencio que, en órganos periodísticos donde nunca falta una mirada para el suceso más baladí del día, ni un ingenio para discutir triunfante hasta la más poderosa objeción, significa, admirablemente singularizado como está entre el ruido general provocado por mis declaraciones de testigo, que al testigo se le acepta por sincero, que á sus confesiones se presta valor, y, por consecuencia, que se portó como un bravo en su gestión el general Blanco; quien, prudente como sabio, al solo anuncio de venenosas algaradas ante un dignísimo y también glorioso compañero de armas, salió de Madrid ignorado, con el alma rota de amargura ante la ingratitud irreflexiva de su pueblo, del pueblo que le adora en Barcelona, del pueblo que en España toda le tenía en el corazón por sus bondades, por sus talentos, por sus triunfos militares en Cuba, en el Norte, donde ganó el título de marqués, y en Marahuit, donde al legar á España la única conquista de este siglo, conquistaba para él, y á fuerza de heroísmos, el tercer entorchado, el título que Blanco más aprecia entre las aristocracias porque es la aristocracia del soldado valiente, el de príncipe de la milicia, acce-

sible para todos los españoles que sepan ganársela después de vestir, como Polavieja, que se la merece también, el pantalón y la gorrilla del recluta.

***

Se anuncia el regreso de Blanco. No pido ni repugno manifestaciones, porque además de no ser ¡pobre de mí! más que *un testigo que juró decir verdad por su honor y ante su conciencia en cuanto nadie le preguntaba*, pero sí *en cuanto él creía que le preguntaba España, Europa, el mundo todo,* creo que esas cosas se hacen solas si están en la masa de los manifestantes; pero me atrevo á creer que, cuando Blanco llegue ahora, sin miedo ya á su pueblo de siempre, una silenciosa lágrima de enternecimiento caerá en cada corazón de los madrileños, y un ¡viva el salvador de Filipinas! surgirá cariñoso, sin que nadie necesite oirlo en *El Imparcial*, en el *Heraldo*...

Mas, entremos un poco en el verdadero objeto de este prólogo, y al entrar, desde luego suplico gracia para lo que de raro é inacostumbrado puedan tener mis confesiones ante el público, porque he de hacerlas como ante el confesonario la de las culpas, aunque nada con culpas mías tengan que ver, sino, en todo caso, con las ajenas. Tendrán por característica la franqueza ruda, inflexible. ¡Hoy que tanto vale un guante blanco ó una elegancia de estilo!

***

¿Era yo, por ventura, el único que, estando ahora en la Península, hubiera presenciado y apreciado los hechos primeros de la revolución tagala?

No. Sin duda han vuelto á España muchos así. Acaso en Madrid mismo viven más de ciento. Los primeros, los íntimos amigos del general Blanco; después, empleados, oficiales... Yo hablo todos los días con varios.

Entonces (y vaya por la forma de catecismo en gracia á la comodidad y á la brevedad), ¿cómo es que en el espacio de tantos meses á nadie se le había ocurrido hacer declaraciones tan importantes? Por una razón muy sencilla. A los íntimos de Blanco, por serlo. A otros, por miedos fantásticos quizá, al tratarse de inferiores hablando de superiores (á Filipinas, vuelvo á decir, no van, y por lo tanto de allí no vuelven, más que empleados y militares); y á todos, en fin, porque entre todos ellos acaso no haya otro con una poca de sangre quijotesca, esto es, de periodista, más que quien esto suscribe. Y con esa sangre, amén de la tranquilidad perfecta de quien antes ha pensado maduramente que no es dañar á nadie atacar una injusticia cuyo ataque no se funda en perjuicios de tercero, ya que aquí el *tercero*, el responsable del daño, es precisamente un *irresponsable*, puesto que es la *opinión* equivocada de los mismos españoles que allá en Filipinas residían entonces, he hecho lo que otros mil pudieran haber hecho lo mismo.

Es decir, no he sido yo solo quien, periodista

también, y no algo por cierto, sino mucho, está desde hace unos días en Madrid y fué testigo asimismo de los terribles sucesos. Y, en efecto, obediente á su idiosincrasia batalladora, impulsado por el mismo arranque de arrogancia gentil que allá frente á los malayos le hizo, siendo ya viejo y no hombre de armas, sino de ciencia y de letras, coger un sable, montar á caballo y tomar el mando de una improvisada guerrilla de caballería, ahora, en su exquisita suspicacia de hidalgo aragonés herido por mi artículo, sin parar mientes en la amistad sincera que nos une y que me honra—porque en estas cosas de bien público deben quedar á un lado afectos personales,—se revuelve contra mí tan violenta y gallarda como inocentemente.

***

Me acusa mi querido amigo de haber dicho que *el pánico general fué la causa del error de la opinión contra Blanco en Manila*, la causa odiosa, aunque disculpable, por ser pasional; y protesta mi amigo queridísimo de esta imputación mía; allí, dice, no hubo pánico.

Quede para otro trabajo la contestación al segundo jefe civil de Filipinas, porque me propongo no retroceder ante ninguna réplica *que desvirtúe un solo átomo de mis primeras afirmaciones*, y por hoy he de permitirme nada más copiar lo que para el trabajo de hoy me importa. El párrafo siguiente, donde se ve que el Sr. Sastrón hubiera podido decir antes

que yo lo mismo que yo he sostenido: que el general Blanco se excedió á toda ponderación en el cumplimiento de sus abrumadores deberes:

«Manila estaba desguarnecida. Tanto valían para la magnitud del hecho descubierto por el arrepentimiento del indígena *Teodoro Patiño,* no el regimiento peninsular que allí dice el Sr. Trigo existía, sino los 309 artilleros españoles que fueron en realidad los revistados.»

. . . .

«Con acierto, con admirable técnica se organizó por el capitán general Sr. Blanco el servicio de la defensa y vigilancia de tan sagrados intereses, cuales los que representaba. Con fuerza tan escasa peninsular, con reducida fuerza indígena, cuya lealtad podía y debía aplaudirse después que fuese probada, no había bastantes medios para afrontar la realidad de mal tan extenso.»

. . . .

«Yo pido al cielo otorgue toda ventura y dicha, y pido á la patria conceda todo linaje de prestigios y consideración al ilustre marqués de Peña-Plata, al señor general D. Ramón Blanco, á cuyas órdenes, casi cuatro años, he servido cargos públicos que me dignificaban por el doble concepto de corresponder á la también honrosa administración civil, y por estar situados por ministerio de la ley en lugar apropiado para obtener la fortuna de recibir con frecuencia órdenes del prudentísimo ex-gobernador general de Filipinas, del caudillo de

Marahuit, del sabio estratégico cuyas operaciones de guerra en el Norte de la Península han sido estudiadas y juzgadas con encomio por el Estado Mayor de cada uno y de todos los Ejércitos de Europa.»

. . . .

Este voto, que sumo muy contento al mío, es de calidad, y amplio y terminante, y quien lo da el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Manuel Sastrón, doctor en Medicina, ex-diputado á Cortes, segundo jefe civil de Filipinas, con licencia ahora por enfermo, y (tenga la bondad de escuchar *El Correo Español*, que yo le diré con qué objeto cuando conteste sus no tan corteses sinrazones contra mí)... y catedrático de la Universidad de Manila, es decir, de un centro dirigido por los frailes, que son los que proveen sus plazas, honrosas cuanto productivas.

Vuelvo á decirlo. Ante el interés público deben borrarse, dentro siempre de las leyes caballerescas, hasta los motivos de gratitud personal. Y quizá aluda con esto á tres periódicos, que me he visto precisado á contrariar, pese á todas las gratitudes que particularmente les guardo y guardaré mientras viva.

Este artículo se hace sobradamente largo y dejo para otro la continuación de mis confesiones.

(De *El Nacional*, 17 de Mayo.)

II.

¿Por qué, estando yo en España desde Diciembre, he aguardado para esta empresa momentos cuya efervescencia de luchas políticas pueden hacerme, y por de contado me han hecho, sospechoso de parcialidad?

Aquí de la franqueza. Es necesaria para que quede claro, ante todo y sobre todo, que yo no me vendo, ni nadie ha querido comprarme, ni soy amigo ni enemigo de ninguna política militante (por lo mismo que tengo ideales y en ellos fe sagrada), ni tengo más que respetos á toda institución de tradiciones hermosas, como la de los conventos, por ejemplo, aunque me permita discutir, no la alta misión moral de los frailes, que es cosa del cielo, sino sus gestiones políticas, cosa terrena é impropia de ellos por lo mismo, y además de impropia siempre, hoy anacrónica y probada en sus fracasos por la tremenda amenaza de aquel *juicio final* que, por fortuna para la patria española en Oceanía, conjuró con talentos y bravuras inconcebibles el insigne general Blanco, seguido después en la ya más fácil, aunque siempre gran

tarea de la reconquista, por otros dos generales dignos del laurel que España acaba de entregar á uno y reserva para otro: Polavieja y Primo de Rivera.

*
* *

Pues bien, si mi sinceración ante el público necesitara artificios, ¿no sería una disculpa del momento por mí elegido para levantar la voz en favor del marqués de Peña-Plata el decir que mis heridas, abiertas hasta hace poco, y mi anemia, que todavía es grande, me habían impedido hacerlo antes?

No necesito apoyar en esa verdad mentirosa disculpa. Para hablar, para dictar unos cuantos renglones, poco hubieran estorbado mis vendajes de las manos ni mi falta de sangre en las venas.

Era que... ¡sí, he de decirlo! eran otros motivos más grandes, más delicados infinitamente.

Era que yo estaba resentido con el general Blanco, porque siendo yo redactor corresponsal de un importante periódico de Manila (1), donde ganaba un puñado de pesos que, unidos á mi paga, me permitían sostener pobre y difícilmente á mi familia en Mindanao, destino del cual no quiso sacarme el general á pesar de recomendaciones á él hechas en mi obsequio por Primo de Rivera, por Baselga, por Sastrón, por Luengo... puso en peligro mi

(1) *El Diario de Manila.*

corresponsalía, y con ella el pico de pesos, según me demostraron cartas que conservo; y todo por la razón (que yo no desconozco en su favor) de ser él un gobernador general con ideas propias, y yo un pobre diablo, con ideas propias también, que no siempre coincidían en pequeños asuntos. Declaro que yo, en lugar del marqués de Peña-Plata, hubiera hecho lo mismo, pero temo de igual modo que también el entonces D. Ramón Blanco á secas, en mi lugar, no me hubiera tenido mejor voluntad que yo le tuve; y todavía, probablemente, como yo, y él lo sabe, ni se hubiera arrepentido ni se hubiera enmendado.

*
* *

Con ser bastantes, no fueron estos los únicos motivos de mi encono. Herido yo poco después, es decir, al año de este desigual pugilato entre un poderoso y un humilde (por culpas y temperamentos del humilde quizá, no me costaría gran cosa reconocerlo); herido yo, digo, de siete machetazos en Fuerte Victoria, en una lucha infame de 10 españoles contra 300 traidores, en la cual cumplimos cada cual con arreglo á esos bríos que hasta al más cobarde da un vestido de soldado, yo creía que, los pocos que sobrevivimos á la catástrofe, debimos ser recompensados por telégrafo, por el primer correo cuando menos. Pues bien; pasaron meses y meses y no llegaba á mis oídos, allá en el rincón de Extremadura donde dí con mi macheteado cuerpo,

ni la menor noticia de que se me concedía, de que se nos concedía ni siquiera una de esas cintas de colores que cuestan al recompensado el dinero, pero que sirven para ponerlas en el hojal de la levita de un paisano, que fué militar antes de ser mutilado, y van diciendo á todo el mundo: «*estas cicatrices no son de navaja, sacadas de una taberna; son las de un hombre que tuvo una desgracia grande en el honroso cumplimiento de su deber.*»

El general Blanco vino á España un par de meses después que yo. Con él no venía la cinta. Yo la seguía esperando tranquilo, y la hubiera esperado en silencio, como estos siete meses, un año, diez... seguro de que llegaría al fin. Pero mi primer plazo de licencia transcurrió; vine á Madrid para ser reconocido, y hace unos cuantos días, al tercero de llegar, gracias á que la prensa toda, y entre ella y á la cabeza *El Imparcial*, el *Heraldo* y *El Tiempo*, indignados sus redactores al espectáculo de mis cicatrices, pidieron mi cinta, mi anhelada cinta, y la de ese infeliz Arrojo, mucho más infeliz que yo, sin mano, sin pie, sin ojo izquierdo, el ministro de la Guerra, á quien tuve la honra de visitar, se apresuró á manifestarme que nuestra recompensa, retrasada por reglamentarios expedientes previos, se aceleraría lo posible.

El digno ministro, en el tono casi confidencial que le sugirió su noble generosidad ante mis heridas, me dejó entrever que sería pedida la propuesta por telégrafo; y también me dejó adivi-

nar, con la habilidad sutil del alto funcionario cuyo puesto le impone reservas de expresión, mas no siempre de intención, la calidad del premio que me concedería mi patria. Luego tuve la altísima honra de postrarme ante mi Reina, y salí aún más complacido de sus augustas y cariñosas palabras... ¡La propuesta de recompensa vendría firmada por Polavieja! ¡No hay duda que á este invicto general le tendré que agradecer el haberla formulado! Porque, sí, debo hacer notar que á un telegrama del Ministerio de la Guerra puesto el día 12 ó 13 del mes pasado, contestó Polavieja diciendo que la propuesta venía ya de viaje, por el mar.

***

Hé aquí el momento. Ya, basado en indicaciones de consideración, supe á qué atenerme con respecto al caso. Ya podría, pues, sin que mis actos pareciesen genuflexiones de mendigo, decir al público lo que desde que pisé las piedras de Barcelona me estorbaba oculto en la conciencia; lo que acaso dije á algún periodista que no tengo la certeza de si fué un amigo de mi amigo Mencheta, quien me lo envió á bordo para saludarme en su nombre; ya podía ¡al fin! levantar la voz de un humilde, pero de un humilde convencido, que no necesitan más las gentes honradas para, ante la verdad, abjurar de sus involuntarios errores... ¡Lástima grande que las heridas, entonces, no me hubieran permitido visitar á Mencheta mismo, como

le ofrecí y no pude cumplir, en mi breve estancia de un par de días en Barcelona!

¿Creerás, lector, que no pensé en los peligros de lanzar al público mi caudal de recuerdos sinceros en momentos de marejada en el mar de la política al soplo de pasiones violentas y ardentísimas? ¿Creerás que no pensé en la contrariedad posible de que se me tomara por un audaz habilidoso, por un pescador en revueltas aguas?... ¡Ay! Tanto lo pensé, tanto... que á estas horas el silencio seguiría haciéndome daño en el alma si cierto espectáculo (que me permitirás que calle, pero que diré sin ambajes si se empeñara en absoluto la prensa católica y carlista) no me hubiera resuelto al fin á arrostrarlo todo.

Por eso escribí ese artículo que ha tenido cierta fortuna. Cuando lo arrojé como un desconocido y sucesivamente en la mesa de los directores de *El Liberal* (1) y de *El Nacional*, lo suscribía un seudónimo, porque era mi propósito que ni el mismo general Blanco supiese quién era el caballero que se arriesgaba, cubierta la faz, á la caldeada arena para romper una lanza por una dama: por la justicia, dama de célica hermosura, eterna cortejada de todos los caballeros en esta tierra de caballeros andantes.

(1) El Sr. Moya, que simpatizó con sus ideas aun sin leerlo, no pudo complacerme (publicándolo en seguida como yo deseaba) por un respeto de cortesía á la próxima reunión de periodistas en el Círculo Mercantil.

No tengo interés personal alguno en la publicación de eso, dije á Figueroa, al conocerlo por primera vez y premeditadamente por el sistema de las *moscas* de redacción, pues no quería deber, ni tenía para qué quererlo, la aceptación de mis cuartillas al poder de una tarjeta recomendatoria, sino al valor real que encerrasen como judicial documento. Y le añadí en seguida: Quiero que no se rompa el seudónimo, á menos que sea absolutamente preciso para responder en cualquier forma con la persona.—

Al día siguiente era llamado á la redacción. El artículo se aceptaba. Figueroa me advirtió que, sobre no ser posible el anónimo en cosas tales, perdería mucho de fuerza de convicción cuanto yo decía sin una firma tras de la cual no estuviese alguien sin careta.

Reflexioné; ví que, en efecto, para destrozar calumnias anónimas, es decir, de *la opinión*, de ese gran loco irresponsable, suele bastar en contra la afirmación *respondida*... de *una sola persona*.

Y firmé el artículo, que no había de tener en más mis susceptibilidades de casi monjil modestia que el éxito de la empresa.

Este ha sobrepasado mis esperanzas, aunque mucho esperaba. Ni una sola voz se ha levantado para argüirme en contra del marqués de Peña-Plata. Sólo, entre las aclamaciones generales, á la justicia, de la prensa—representante de la opinión, según he oído decir—singularízanse el noble silen-

cio de tres grandes periódicos y las réplicas de otros dos, *El Correo* y *El Correo Español*, no contra Blanco, sino contra mí, por conceptos no esenciales, que sostengo y defenderé, sin embargo, de mi artículo.

¡Oh, sí! ¡El éxito ha sobrepasado mis esperanzas! Ha sido el éxito de la verdad en el país de la honradez, y hoy ya no habrá un español que, sin ofuscaciones de sentido, se oponga á estos gritos hermosos:

¡Viva España! ¡Viva el Ejército! ¡Vivan los generales vencedores de Filipinas!

Son tres, como ha dicho muy bien *La Correspondencia Militar:* Blanco, Polavieja y Primo de Rivera.

***

No quiero concluir este inacabable artículo sin una última prueba de mi franqueza. Acaso habrá pensado el público, acaso piense el general Blanco que yo, además de ser raro en mis cualidades de hombre, trato de demostrarlo, puesto que no sólo pago disgustos con generosidades, sino que, á continuación, pudiera parecer que he escrito un discurso para hacerlo notar.

No; yo soy sencillamente el hombre, el hombre de siempre; peor quizá, el hombre de Zola, el egoísta...

Yo debo asperezas de rigor al general Blanco.

Pero debo al general Blanco también una cosa

que no olvida jamás un hombre; se la debo igual que todos los españoles á quienes su conducta de insigne gobernador nos libró de muerte afrentosa allá en Filipinas: LE DEBO LA VIDA.

Si á esto se agrega que además del egoísmo de la *bestia humana* tengo el infinitamente más noble del esposo y padre, y que á mi mujer y á mis hijos les salvó la vida también, quedará justificado por qué después de escribir lo que escribo para el general Blanco, me conceptúo su deudor eterno de gratitud, y le tengo en mi corazón cada vez que mis labios tocan la frente pura de mis hijos.

Le debo más que mi vida.

Le ofrezco mi vida sólo.

¡Claro es que no le habría pagado del todo aunque se la sacrificara!

(De *El Nacional*, 19 de Mayo.)

De entre los infinitos telegramas en que á la prensa de provincias se ha dado cuenta del artículo *Cuatro generales*, y para comprobar la afirmación hecha en la pág. 19, entresacamos éste, del importante diario *El Porvenir*, de Sevilla, cuyos corresponsales en la corte son redactores de *El Imparcial* y del *Heraldo de Madrid*, respectivamente.

POR BLANCO.

Un artículo de Trigo.

Madrid 11, 10,30 m.—(Urgente.)

Es comentadísimo un artículo que publica *El Nacional* de hoy acerca de la gestión de nuestros generales en la campaña de Filipinas.

Las apreciaciones contenidas en el artículo, aparte de su novedad, adquieren gran realce por suscribirlas el médico militar D. Felipe Trigo y Sánchez, que además de ser un escritor conocidísimo en Madrid y tenido por buen literato, ha combatido recientemente en Filipinas y está rodeado de una aureola gloriosa por el hecho heroico que

realizó el día 27 de Septiembre pasado en el fuerte Victoria, de Mindanao.

Trigo explica en su artículo la gestión de los generales Blanco y Polavieja.

Dice que aquél, gracias á su gran tacto, pudo con un puñado de españoles conservar á Filipinas para España en los primeros difíciles momentos de una insurrección para cuyo vencimiento no existían fuerzas suficientes en el Archipiélago.

—Si se aplaude un sable—escribe Trigo—dignos de elogio son Blanco, Polavieja, Primo de Rivera y Lachambre. Si se aplauden sus talentos, como políticos de primer orden, probados en tremendas circunstancias, sólo Blanco merece aplausos.

El Nacional hace suyo el artículo del Sr. Trigo.

MUÑOZ-RODRIGO.

¿HUBO TERROR EN MANILA?

Terror. m. Miedo. espanto...
Miedo. m. Perturbación angustiosa del ánimo por un riesgo ó mal que realmente amenace ó que se finja la imaginación. ‖ Recelo ó aprensión que uno tiene de que le suceda una cosa contraria á lo que deseaba.

LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

Mi excelente amigo D. Manuel Sastrón debe de pensar que ha hecho mal la *Academia Española* al meterse en *definir* esos dos vocablos. Ó cuando menos debe de pensar que, si por cuanto *academia* pudo incluirlos en su Diccionario, como *española* jamás, sin la nota siguiente: *Palabras exóticas. Refiérense á estados de ánimo propios de los extranjeros.*

Sí, porque el Sr. Sastrón, picado en todos sus altísimos sentimientos de patriota, de patriota á la antigua, es decir, noble, altivo, fiero, mas también fanático y por consecuencia intransigente, protesta, un poco á la portuguesa, «contra un grave concepto» expresado por mí en *El Nacional.*

«El concepto á que aludo (dice en *El Correo)* es aquel que se refiere al estado moral, supuesto ó so-

ñado, y achacado, tal vez con inconsciente agravio, á los españoles peninsulares en Manila residentes, cuando estalló la abominable rebelión del Catipunán.»

Y pregunta mi buen amigo en seguida:

«¿En dónde el singularísimo aspecto de terror con que presenta el Sr. Trigo á la Manila amenazada por el obstinado Luzbélico Catipunán que allí ha perturbado tantos cerebros indígenas?

»Tal aspecto no lo he visto, y espero en Dios no verlo, ni volver á leer lo atribuído á españoles que, con mayores ó menores condiciones de ilustración y talento, saben presentar y presentan en todos los accidentes de la historia el atributo más esencial de su constitutivo, el valor, grande cuando es personal, invencible cuando colectivo.»

Y en efecto; en mi artículo *Cuatro generales* decía yo que... «errores colectivos del miedo ó de la impaciencia» se han traducido en «grandes injusticias» para el general Blanco.

É insistía en otro párrafo: «Los españoles de Filipinas pensaban un día y otro día en sólo una cosa muy triste: morir. Los que no sintieron la paralización del terror en las venas, querían á todo trance morir matando.»

Y lo peor no es que yo dijera esto, sino que insisto en ello; pues entiendo que más dañan que favorecen al patriotismo, igual que á todo, las exageraciones de la exaltación; entiendo que va ya quedando un poco *demodè* el monóculo de aumento

en la indumentaria crítica para los paseos por la historia y por las tradiciones nacionales; monóculo que no sólo *ya no viste,* sino que debe su proscripción á la prudencia—gran figurinista de la moderna sociología,—porque ha encontrado que á más de raro es peligroso; y que se lo pregunten si no á Grecia, empeñada en contemplarse con cristal de aumento cuando todas las naciones europeas la miraban á vista natural, Turquía en primer término, para hacerla caer y que se rompa á un tiempo el monóculo y la crisma... Entendiendo así estas cosas de óptica, me atengo á lo que vieron en Manila mis propios ojos.

Y vieron: *Una perturbación angustiosa del ánimo por un riesgo ó mal que realmente amenazaba.* Ó de otro modo, para que el Sr. Sastrón elija: *Un recelo ó aprensión que* TUVIMOS *los españoles de que nos sucediese una cosa contraria á la que deseábamos.*

Observe mi caro amigo que digo *tuvimos.* Por mi parte, á lo menos, no hallo reparo alguno en confesar que sentí entre los horrores de la sublevada Manila, á donde llegaba desde los para mí más grandes y más de cerca tocados horrores de Mindanao, *perturbación angustiosa del ánimo, recelo y aprensión* de que me sucediese algo que *maldito si deseaba:* que me *mataran*... por segunda vez.

Ahora bien, yo creo que no hubo allí entonces español peninsular que al considerar la situación en que nos encontrábamos, es decir, tan pocos y con «309 artilleros revistados», según el Sr. Sastrón reduce (con motivos para saberlo, y para realzar más la gloria del general Blanco) el regimiento de Artillería que yo he citado como única defensa ante toda una raza de millones de hombres dispuesta á asesinarnos, no sintiera la misma *perturbación, el mismo recelo* en su alma. Esto es, MIEDO, TERROR, según la Academia de la Lengua, que es por lo menos tan *española* como mi noble amigo D. Manuel Sastrón. Como es tan española la concurrencia de cualesquiera calles que en Madrid, en Zaragoza ó en Sevilla conducen á la Plaza de Toros en día de fiesta, sin que la tal circunstancia impida el pánico general, con carreras dislocantes y cómicos saltos de cabeza, ante la sorpresa de un miura escapado; y no me negará el Sr. Sastrón que todavía algo más temible que un toro de piel lustrosa, de frente rizada y de ojos de llama, era... el *Katipunán*, involuntariamente calificado de «luzbélico» por el mismo Sr. Sastrón, sin duda en fiel recuerdo á la endiablada impresión que le hizo.

Me sería posible llenar números enteros de *El Nacional* con pruebas fehacientes á propósito de la situación de ánimo de los peninsulares de Filipinas durante la sublevación. No tendría más que recordar anécdotas y nombres propios, transcribir cartas particulares recibidas á mi vuelta, iguales á otros

millares de ellas que habrán recibido millares de personas, solicitar testimonios como el del Sr. Irastorza, ahora en Madrid, y alcalde de Manila en aquella época, ó copiar cablegramas de que, como el siguiente, está llena la colección de Noviembre. Diciembre y Enero últimos de *El Imparcial:*

«Manila 27.—Hong-Kong 30.

Anoche (esto es, en la del 26 al 27) ha habido en Manila gran alarma. Reconcentróse la fuerza en los cuarteles y puntos estratégicos y se adoptaron cuantas precauciones cabe imaginar.

El motivo de estas disposioiónes era que se temía que los rebeldes de Cavite, de acuerdo con la junta indígena de los arrabales, acometieran á la población ó intentaran algún desmán.

Cuando era mayor la excitación pública y cuando los rumores exagerados habían PRODUCIDO EN EL ÁNIMO DE TODOS EL MAYOR GRADO DE PAVOR, AÚN AUMENTÓ ÉSTE (1) *por haber ocurrido una explosión en el polvorín de Pandacán. El ruido fué espantoso. Durante algún tiempo se creyó que los insurrectos habían realizado el ataque que se temía.*

Aún en medio de la desgracia ocurrida, hay que felicitarse de que la imaginación de los temerosos ha exagerado. La explosión fué producida por una causa fortuita. Tres soldados de los que custodiabau el pol-

(1) ¡.....!

vorín han sido heridos, aunque al principio se creyó que hubiera sido mucho mayor el número de víctimas.

MANUEL ALHAMA.»

Este despacho de *El Imparcial* de 1.° de Diciembre pasado, habla del *mayor grado de pavor en el ánimo de todos*, ante una simple sospecha y cuando ya Manila tenía 25.000 soldados peninsulares al mando del general Polavieja.

No he ido yo, en verdad, tan lejos en mis apreciaciones como mi amigo Alhama Montes, ni tan lejos como hubieran ido los académicos que *definieron* esas palabras *miedo* y *terror*, si habiendo presenciado la sublevación de Filipinas hubiéranse académicamente puesto á calificar la impresión que produjo. No, en mis días. Me he limitado á hablar de «miedo ó de impaciencia», de «terror» en unos, de «valor temerario» en los otros, en los militares por de contado, en la mayoría inmensa de los paisanos que desde el primer instante formaron los cuerpos de voluntarios, prestando insignes servicios, en el Sr. Sastrón, jefe activísimo de la improvisada guerrilla de caballería; *valor temerario* que impulsaba á la imprudencia de «querer morir matando,» y que ponía en las caras españolas «la palidez marmórea» de los valientes ante la segura muerte buscada cara á cara y con la frente alta. Y todos, cada gran grupo desde su *miedo* ó su *temeri-*

dad, «impacientes» fueron, cegados por la repetida *perturbación angustiosa*, por el *recelo*, á que yo no llamaría siempre «miedo», con perdón de la Academia; y esa angustia precisamente, esa «locura colectiva del dolor» que sólo podía impulsar á correr hacia atrás para morir, ó á morir corriendo hacia adelante, fué la que tuvo que vencer primero ¡ante tantas cosas que vencer tenía! el hombre extraordinario cuyo impávido corazón le mantuvo quieto en el centro del peligro, del formidable y gran círculo de muerte: el general Blanco.

Sin él, España hubiera recibido un cablegrama de cualquier país anunciándole que el Archipiélago filipino, panteón de españoles, no era ya de España.

¡Hé aquí la primera y última noticia que de la sublevación tagala habría tenido la patria sin el general que supo contener y dirigir el valor de un puñado de españoles, sin ese hijo suyo gloriosísimo que se llama el general Blanco!

(De *El Nacional* del 5 de Junio.)

AL «CORREO ESPAÑOL».

Que me permitirá que mire así, *un poco por encima del hombro*, cuantos títulos y calificativos me adjudica, desde los no muy gratos, como *tonto*, *clerófobo*, *desgraciado y débil que firma artículos cuyo estilo descubre á Figueroa* (Dios conserve la vista al diario *¿católico?*), etc., etc., hasta los del opuesto polo, como *definidor de gobiernos coloniales*, *aconsejador de Cortes*, *autor de documentos cancillerescos* y *émulo de Riego*.

***

Es todo un sermón de predicador travieso el que *El Correo Español*, ó *Eneas*, ó el Sr. Mella, me dedica. Un sermón lleno de mansedumbres primero, y después de luces de bengala y dorados de papel, para concluir con el consabido recurso de sacar á relucir el Cristo. Ó lo que viene á ser igual, sacar á relucir la memoria del héroe y mártir P. Pier-

navieja, como si los sufrimientos de este inolvidable fraile español, ni los de otros muchos compañeros suyos villanamente asesinados por los tagalos, pudieran ser argumentos demostrativos de otra cosa que de la barbarie de los asesinos, por una parte, y del patriotismo de dichos frailes, por otra. Cosa que nadie ha puesto, ó por lo menos yo no he puesto ni pongo en duda, de modo igual que no dudo tampoco del patriotismo de todos los demás frailes, á pesar de creer funesta la teocracia absorbente que venían ejerciendo en Filipinas y de ver en ella no pocas si no todas las raíces de la rebelión.

Los frailes, sí, patriotas, tanto como el primero. Patriotas, porque son españoles. Pero ya que recurre *Eneas* á médicos y á enfermos para sus comparaciones, yo le diré á Eneas que lo mismo que los sendos cariños para un paciente de los doctores reunidos en discordante cónclave les hace creer de buena fe á cada uno inmejorable el propio sistema, y de buena fe el que prevalece aplica el suyo y quizás mata al enfermo, así el patriotismo de los frailes, hombres de fe ante todo, con gran fe y con excelente buena fe, perjudicaron en Filipinas los intereses de la patria.

Por muchas razones. La primera por haber fundado una Universidad para indios; por haber establecido ó inspirado el establecimiento de varios centros de *enseñanza superior* para indios. Universidad y centros cuya cristiana razón de ser está en

aquello de *enseña al que no sabe*, y de ahí su disculpa; pero cuya influencia antipatriótica está á la vez en que esos centros y esa Universidad han sido exprofeso lo suficientemente imperfectos para no transformar á los indios más que de ignorantes en *filósofos*, es decir, en necios presuntuosos sin pizca de valor social y con sobra de ojos abiertos para darse cuenta de la situación de su raza con respecto á la raza europea.

Una de dos, ó la intención de las naciones para con sus colonias es generosa, y entonces deben procurar la civilización perfecta de la población indígena colonial, y no extrañarse luego de que la colonia *hecha mayor de edad* trate de emanciparse de la tutela materna, como le sucedió á la poderosa Inglaterra con los Estados-Unidos, como nos sucedió á nosotros con Méjico, con Santo Domingo, etc., etc., y nos está sucediendo con Cuba; ó la intención de las naciones es egoista, y entonces deben procurar, sí la felicidad de las colonias con cierto pequeño grado de civilización en las costumbres salvajes, pero nunca el progreso intelectual indefinido de los naturales, que antes al contrario, debe estorbarse, como hace la perspicaz y práctica Inglaterra en sus posesiones del Asia. No hay término medio posible, y los frailes en Filipinas han querido el término medio.

Por hoy, aún á trueque de que no se comprenda bien toda la extensión y la fuerza de ese original dilema que dejo expuesto, aparentemente peligroso

en su necesaria valentía (pues valiente tiene que ser ahora el pensamiento de España ante sus difíciles problemas de Cuba y Filipinas si quiere resolverlos bien), por hoy, digo, no puedo desarrollarlo más; y espero que suspendan su juicio, hasta que lo desenvuelva por completo al tratar de las reformas en Filipinas, aquellos á quienes su simple enunciación no haya dejado adivinar todos sus términos.

***

Esa es la primera razón. La segunda, importantísima asimismo, la eterna preocupación de los frailes de no perder su carácter de intermediarios indispensables entre los indios y los peninsulares, al perder su condición de *intérpretes*. Ellos tienen inundadas las librerías y tiendas filipinas de cartillas *tagalas*, de catecismos *tagalos*, de gramáticas *tagalas*, de versos, historias, novelas, cuentos, dramas, comedias y romances *tagalos*. ¡Todo tagalo! Ellos lo enseñan en las escuelas, y lo hablan en la calle y en la casa con el indio, y se lo predican desde el púlpito... Ellos, por consiguiente, tienen, siempre de buena fe, aquel pedazo de España como un país extranjero; más extranjero por el desconocimiento del idioma patrio que los mismos puertos ingleses y franceses de la travesía; pues desde los griegos del comercio de Port-Said hasta los chinos de Singapore, todos disparatan menos en castellano que los indios de la propia Manila con los antipáti-

cos famosos «aquel puerta», «yo prestar con usted» y demás, que tanto irreflexivamente divierten á toda la España seglar que allá incesantemente se renueva á breves plazos, desfilando, como un público por un museo, por delante de los eternos mismos ridículos indios y de los eternos habilidosos frailes (1).

Esa es la segunda razón de por qué han perjudicado en Filipinas los intereses de la patria. Hay muchas más. Tiempo tendré de irlas diciendo si hicieran falta.

***

¿Qué de extraordinario puede tener que una conspiración tramada en aldehuelas del bosque, en extraño idioma y por el misterioso procedimiento de los triángulos masónicos (masonería precisamente que nació por odio de los filipinos á las órdenes religiosas y que nadie mejor que las órdenes religiosas pudieron haber evitado si hubieran sabido dirigir las conciencias indias); qué de particu-

(1) Nota de Rafael Delorme, tomada en sus trabajos de investigación en la Biblioteca de Ultramar, para la próxima publicación de un folleto:

«Un fraile, el P. Bustamante, ha escrito no hace muchos años un libro que fué aprobado por la censura eclesiástica y autorizado con la firma del P. Font, en el cual se aconseja al indio *que no aprenda el castellano, ni se separe de su carabao para bien de su raza y de su alma.*»

Y yo sospecho que el P. Bustamente y el P. Font sabrán que el Gobierno español tiene dispuesto lo contrario, si bien por miras y para fines terrenales.

lar puede tener, repito, que esa conspiración así tramada, sin delatores posibles, porque el espíritu de raza garantizaba el secreto, sorprendiese á las autoridades? ¿Quizá los frailes supieron de ella nada hasta el día antes de estallar, y eso que la imprenta que los traidores tenían inundada de proclamas y puñales podía llamarse propia de los frailes, y como propia la frecuentaban, porque era la de su gran amigo y defensor *El Diario de Manila*? ¿Acaso no he visto yo mismo qúe en Fuerte Victoria, es decir, en una instalación de 80 metros cuadrados, á pesar de que teníamos fuertes motivos para sospechar de los disciplinarios, fué inútil toda la vigilancia desplegada por los diez peninsulares que allí estábamos, y delante de nosotros mismos, con la maldita *lengua tagala*, se ponían quizá de acuerdo por la tarde en el modo de asesinarnos por la noche, y cayeron, en efecto, sobre nosotros, causándonos la más perfecta de las sorpresas?

¡Bah! Es archiridículo querer culpar á las autoridades de Manila en tal sentido. En todos los países del mundo las sublevaciones sorprenden á los gobernantes. Como que esa es la absoluta condición de su nacimiento, la sorpresa. Y así, en España, todavía más que en ningún país, no hay un solo gobernante, *ni uno solo*, de nuestros tiempos, á quien no haya sorprendido alguna.

Y eso que aquí no se habla *tagalo*.

Ahora bien, condenar á un jefe de gobierno por el

hecho de estas sorpresas, no se ha hecho nunca, ni sería más que sencillamente risible hacerlo; porque una nación con sus poblaciones, con sus aldeas, con sus montes, con sus cortijos (que en cualquier sitio se conspira, y nunca á voces en el despacho del gobernador), no puede ofrecerse en conjunto á la advertida vista de un gobernante como el fondo de una taza. Para ver esto, del modo imperfecto que es posible, están las autoridades subalternas, está la policía; y de ella en última instancia sería la culpa de no haber olfateado primero y luego descubierto la conspiración, como suya fuera la *gloria polizontesca* de descubrirla; y ese gobernante harto habrá hecho si, CON POLIZONTES INSURRECTOS (1), sospecha siquiera lo que se trama, como se sospechó en Manila, y si esforzándose por velar logra descubrir algún comprometido y lo entrega á los tribunales de justicia, como hizo el general Blanco entre otros, que yo recuerde, y un año antes de la sublevación, con Garchitorena, el rico industrial mestizo.

En cambio, de lo que sí debe responder un gobernante, y ya ve *Eneas* cómo entiendo algo el catecismo, es de la culpa que pueda tener en las causas de la sublevación. De los odios que haya suscitado, de las tiranías que haya ejercido, de las injusticias que sancionara, de las violencias que cometiera. Nada de lo cual puede achacarse al ge-

(1) Guardia civil, *indígena*, y guardia veterana, *indígena*.

neral Blanco, cuya tendencia á la política expansiva, cuyo carácter de gobernador generoso y liberal fueron tan marcados, que el mismo *Correo Español* le echa en cara, como un defecto, el *haber sido muy amigo de los indios.* Y nada más que en cuanto á esas condiciones de un gobernador general pueden sentirse halagados ó descontentos los filipinos, porque nada más es en Filipinas un gobernador general que un supremo juez, para la aplicación de las leyes y ordenanzas que él no hace, sino que hacen los Gobiernos, que han hecho los Gobiernos... siempre por inspiración de los frailes, hasta la fecha.

De modo que así las leyes humanas como las leyes divinas del Archipiélago, es decir, el completo estado social y condición del indio, sea cual sea, se debe á los frailes. Y como quiera que el malestar por ese estado y condición es el jugo de la rebeldía, y no desde hace poco, no desde los dos ó tres años que tiene de fecha el mando del general Blanco, sino de mucho antes, como lo prueba la vida de Rizal, perpetuo insurrecto; como lo demuestra la sublevación del 72 en Cavite; como lo prueba la sublevación de pasados siglos..., claro es que de la sublevación actual no tiene culpa alguna el general Blanco, que, como todos los gobernadores, ha ido allá de paso por dos ó tres años *para hacer cumplir las leyes y costumbres* que él no impuso: sino que tienen la culpa, toda la culpa, los frailes.

Así, la proclama del Katipunán tenía las dos cláusulas siguientes:

Se matará á todos los españoles, sin distinción de categorías ni disculpas de amistad y gratitud, se los enterrará en la Luneta, y, encima, se levantará un mausoleo conmemorativo de la fundación de la República india.

A los frailes, como más grandes tiranos, se les martirizará hasta hacerlos morir, y después sus restos serán quemados, y aventadas sus cenizas.

***

Como razón sin vuelta de hoja dice *El Correo Español* (y es lo único que con apariencias de tal escribe en su artículo de dos columnas):

«Pero si es necesario saber tagalo para gobernar las islas Filipinas, culpa es de estos gobiernos creer que sirve para el caso cualquiera.»

Sí, es verdad. Precisamente eso se trata ahora de discutir. Porque la ocasión es llegada con apremios de necesidad. La conveniencia, entre otras muchas posibles conveniencias, de mandar á Filipinas gobernadores que hablen el mismo idioma de los indios.

Eso sí, el punto delicado á resolver es éste: para unificar el idioma, qué convendrá más, ¿que se obligue á todos los generales españoles á matricularse en una cátedra especial de tagalo, ó que los indios aprendieran el español para mayor *claridad* de todos, y siquiera porque..... son españoles?

LA PRENSA DE MADRID.

A continuación copio algunos párrafos de los periódicos más importantes de la corte que en todo ó en parte se apresuraron á recoger el artículo CUATRO GENERALES el mismo día y al siguiente de su aparición en *El Nacional.*

Como la transcripción de lo reproducido de dicho artículo sería el colmo de las repeticiones inútiles, me limito á señalar con números, al fin de cada cita, el de orden correspondiente á los párrafos que merecieron el honor de ser acogidos en cada periódico.

Con respecto á la prensa de provincias, por más que de la tarea habría de resultar la prueba en conjunto de la impresión causada por las verdades que el artículo *Cuatro generales* contiene; con respecto á la prensa de provincias, digo, es difícil intentar cosa parecida, pues apenas hay periódico en España que, telegráficamente primero, y después con

mi sincero trabajo á la vista, no le haya recibido ampliamente en sus columnas y comentado con elogios.

Que, por éstos, desde aquí, yo que soy agradecido, le diera las gracias á unos y otros periódicos, constituiría en la ocasión presente un delito de lesa vanidad; porque sé de sobra que la fortuna de mi artículo se debe á la claridad de sus verdades, y que aún los aplausos arrancados por él, dirígense más á la honradez del escritor que á sus méritos literarios.

¡Y todavía en España la honradez no es cosa tan rara, por fortuna, que permita á un hombre enorgullecerse de ella como de algo excepcional é inusitado!

De *El Globo:*

El general Blanco.

De un notable artículo publicado por el muy distinguido médico militar Sr. Trigo, recogemos los siguientes párrafos, relativos á la conducta del ilustre general Blanco en Filipinas.

(P. 10, 11, 14, 16, 7.)

***

De *El Liberal:*

En defensa del general Blanco.

El heroico militar D. Felipe Trigo ha dictado (escribir no puede quien perdió ambas manos en lucha peleando con los enemigos de la patria), un hermoso artículo de la mayor actualidad, que ayer inserta en el lugar preferente, que merece, nuestro estimado colega *El Nacional.*

Hé aquí algo de lo que en elogio del general Blanco escribe el Sr. Trigo.

(P. 2, 3, 10, 11, 14, 16, 7.)

***



De *El Resumen:*

Un voto de calidad.

. . . .

Vamos en buena compañía. Los periódicos que han iniciado este movimiento, que más que de entusiasmo hacia la persona del ilustre vencedor de Imus, parece de censura para otros generales españoles insignes, nos permitirán que consideremos un voto de más calidad que el suyo el de ese heroico inválido, D. Felipe Trigo, que en las columnas de *El Nacional* ha salido á la defensa del general Blanco. Tal andan de injusticia los tiempos, que se hacen precisas esas defensas del que bien puede ser considerado como el primer prestigio militar de España.

El heroico Trigo dice, y con razón, que es necesario que estas manifestaciones que se preparan, no vayan á resultar pretericiones para el general Lachambre, que guiando las tropas al triunfo, decidía como genial caudillo las dificultades imprevistas surgidas frente al peligro; para el general Primo de Rivera, que prosigue audazmente la conquista; para el general Blanco, *á quien debe la altiva España el haberse ahorrado la vergüenza de perder Filipinas.*

Y luego explica el Sr. Trigo la afirmación que queda subrayada, con tales datos y argumentos,

que no habrá nadie, como no esté dominado por la pasión, que ponga en duda lo justo de su dicho.

Fíjense los manifestantes de estos días, entre los cuales estaríamos de buen grado, si no fuese por el temor de que la manifestación pueda resultar un arma de dos filos; fíjense en la injusticia cometida con el general Blanco, á *quien debe la altiva España el haberse ahorrado la vergüenza de perder Filipinas*, con quien, por lo tanto, contrajo deuda tan grande y tan sagrada como con aquel que pacificare el archipiélago, en el supuesto de que el ilustre general Polavieja hubiese tenido esa fortuna, que parece reservada por la suerte al general Primo de Rivera.

Fíjense en esto, y luego... cumplan su deber de patriotas.

***

De *La Justicia:*

La llegada de Polavieja.

La idea de una popular manifestación en honor del general Polavieja, iniciada por *El Imparcial,* no ha tenido la fortuna de tener de su parte á toda la prensa madrileña. Aplauden el pensamiento del colega, con entusiasmo decidido, *El Correo Español*, (carlista), *El Siglo Futuro* (neo intransigente) y *El Tiempo* (silvelista), *El Globo* y *El Ejército Español* (fusionistas). Se asocian á la iniciativa de *El*

Imparcial, con ciertas reservas, *El Liberal* y *La Correspondencia de España.*

. . . .

Además nosotros, sin pasión de partido, de la que prescindimos siempre cuando de los intereses nacionales se trata, seguimos creyendo hoy, como el primer día, que la patria debe más al calumniado general Blanco que al aclamado general Polavieja, sin negar por ello las brillantes cualidades de este último.

Nos felicitamos, pues, de coincidir en este punto con opinión tan valiosa para nosotros como la del héroe de Fuerte Victoria, el bravo capitán D. Felipe Trigo, muy joven aún y ya inutilizado para el servicio de las armas, después de regar con sangre, en reñida lucha con los tagalos, el suelo filipino.

Del notable artículo dedicado á esta cuestión por el Sr. Trigo, y que por su extensión lamentamos no poder reproducir íntegro, copiamos los párrafos siguientes:

(P. 7, 8, 9, 10, 13, 14, 16.)

***

De *La Correspondencia de España:*

El Sr. Trigo en «El Nacional».

El heroico médico militar D. Felipe Trigo, ha dictado (escribir no puede quien perdió ambas manos

en lucha peleando con los enemigos de la patria) un precioso artículo de la mayor actualidad, que esta mañana inserta en el lugar preferente, que merece, nuestro colega *El Nacional*. Los lectores de *La Correspondencia de España* verán con gusto opiniones para ellos de antiguo conocidas, y creemos que compartidas, expresadas con viril elocuencia y autoridad completa en los siguientes párrafos:

(2, 3).

Sentimos no disponer de espacio para seguir copiando; pero lo anterior es la síntesis de todo el precioso artículo.

***

De *El País*:

CUESTIÓN PALPITANTE.

La verdad se abre camino.

Porque se inspiran en un elevado espíritu de justicia y en nobilísimos sentimientos de imparcialidad, vamos á reproducir, siquiera en extracto, á continuación el interesante juicio crítico—llamémosle así,—que el heroico médico de Sanidad Militar, Sr. Trigo, ha dado á luz en *El Nacional* de ayer, relativo á los transcendentales sucesos que en el Archipiélago filipino vienen desarrollándose de algunos meses acá.

Tiempo há que en las columnas de *El País* se hubiera tratado esa importante cuestión, de verdadero interés de actualidad, bajo todos sus aspectos, si no hubiéramos temido pecar de indiscretos, porque conocemos los temperamentos de elevadísima prudencia, alteza de miras y dignidad que, entre otras muchas relevantes cualidades, distinguen al ilustre general Blanco, por su innata modestia, siempre inherente al mérito incontestable.

Mas, ya que el inteligente y valeroso Sr. Trigo y *El Nacional* abordan de manera tan plausible y elocuente el punto, permítasenos dedicarle, aunque á vuela pluma, unos cuantos renglones, también á guisa de comentarios, sencillos y sin importancia, como nuestros, pero nacidos de una profunda convicción.

Es evidente que, sin necesidad de esfuerzo alguno, y mal que les pese á sus implacables detractores, desde los primeros momentos en que la emprendieron contra él, se advirtió una reacción admirable á favor del invicto marqués de Peña Plata. Los mismos que le acusaban por no haber deshecho á los rebeldes caviteños, admiran ahora su laudable proceder, evitando una catástrofe y que la bahía de Manila se hubiese teñido en sangre.

Con efecto: si el general Blanco, se hubiese precipitado, si no hubiera procedido con tino y pericia consumados, habrían corrido arroyos de sangre en Manila, en todo Luzón, y probablemente también en Mindanao, Visayas y Joló. La hecatombe pudo

ser espantosa, horrenda, y España entera lloraría amargamente tan inmensa como inesperada desgracia.

Habilísimo en su política el general Blanco, á pesar de faltarle el apoyo teocrático en un país cuyo alto clero es omnipotente, la historia será severa con los que intrigaron para privar del mando de aquellas islas á uno de los más ilustres representantes que la madre patria envió jamás á sus provincias ultramarinas.

En nuestra opinión tiene algo, y aun mucho, de peligrosa la influencia del clero en nuestros dominios del extremo Oriente; aunque, por otra parte, es innegable que las comunidades religiosas han prestado en ocasiones valiosos servicios.

Aún recuerda Manila con tristeza que por sus calles fueron arrastrados inicuamente el gobernador capitán general de Filipinas, D. Juan Manuel Bustamante, y su hijo el gobernador de la Ciudadela, por haber acordado la Real Audiencia, por aquél presidida, el arresto del arzobispo en otra fortaleza, de la que salió sin que siquiera se instruyese la causa, cuya formación ordenó reiteradamente el rey, y al fin envió al arzobispo á Michoacán (Méjico), para ocupar la silla episcopal de Valladolid, lo cual se consideró como un castigo. Para muestra diré que basta un botón.

Cuando oigamos la autorizada voz del Marqués de Peña-Plata se despejarán varias incógnitas. El fanatismo y el mercantilismo, la inmoralidad y la

mala fe privan, á lo que parece, en Filipinas, cuyo mando superior es asaz complicado y difícil.

Seguros estamos de que el general Blanco revelará lo que aún nadie revela, subsanándose entonces los errores cometidos en determinadas regiones.

La ignorancia priva también, por desgracia, en la abatida España, singularmente cuando se trata de asuntos de esta índole.

El plan de campaña que dió por resultado la paz en algunas provincias de Luzón trazólo con suma pericia el capitán general D. Ramón Blanco y Erenas, uno de los caudillos más sobresalientes que la patria puede presentar con orgullo al lado de sus ilustres capitanes y hasta de los ejércitos extranjeros.

***

Ahora véase el hermoso trabajo del Sr. Trigo, siquiera de modo deficiente por la mutilación á que nos obliga el poco espacio de que disponemos:

(P. 3. 4. 7. 8. 9, 10. 11, 13, 14, 16, 17, 18, 21.)

***

De *La Justicia* (por segunda vez):

Cuatro generales.

Hace unos dias que publicamos algunos párrafos del notable artículo del heroico médico militar don

Felipe Trigo, inserto en *El Nacional* el día 11 del corriente. Como el héroe de Fuerte Victoria, es una autoridad en la materia, lo reproducimos íntegro para que se vea hasta dónde llega la pasión de ciertos periódicos, que habiendo ganado su prestigio adulando á la libertad, hacen hoy la causa de los enemigos de ésta, dejándose caer del lado de la reacción clerical, que durante la regencia ha crecido de modo tan exagerado, que hay que pensar seriamente otra vez en combatir con todas nuestras energías. El partido liberal, permitiendo que su prensa se asociara á la fracasada manifestación de ayer, ha contraído graves responsabilidades. El Sr. Cánovas del Castillo, en esta ocasión, ha tenido el valor de ponerse enfrente á la corriente reaccionaria que viene impulsada desde las más altas regiones de la política española.

En los tiempos que alcanzamos, el reaccionario jefe del partido conservador resulta al lado de Sagasta un convencido demócrata.

¡Qué vergüenza!

Hé aquí el notable artículo á que nos venimos refiriendo:

(Copia todo el artículo.)

. . . .

***

De *La Época:*

El general Blanco.

Complácenos en extremo ver cómo se va haciendo justicia al ilustre general Blanco.

No puede ser más autorizado el testimonio del autor de los siguientes párrafos, el héroe de Fuerte Victoria, D. Felipe Trigo.

(P. 10, 14, 16.)

* * *

De *El Correo:*

En defensa de Blanco.

UN ARTÍCULO NOTABLE.

Publica hoy *El Nacional* un notable artículo del médico militar D. Felipe Trigo, que tan bizarramente se ha conducido en la campaña de Filipinas, artículo del que tomamos estos párrafos.

(P. 10, 11, 14, 16, 7.)

* * *

Del *Correo Militar:*

El Nacional publica un artículo titulado *Cuatro generales* y suscrito por el médico militar Trigo, uno de los héroes del fuerte Victoria en Filipinas. Este testigo presencial de la insurrección tagala, publica entre otros el párrafo que sigue.

(P. 19, 20.)

* * *

De *La Correspondencia Militar:*

El Nacional publica hoy un hermoso artículo que suscribe uno de los héroes de Fuerte Victoria, el médico militar D. Felipe Trigo. Hé aquí unas líneas del artículo mencionado.

(P. 19, 20.)

La campaña de Cavite, digna por más de un concepto de universal admiración, ha pasado por tres distintas fases, en cada una de las cuales ha tenido no escaso fundamento el éxito final que en breve proporcionó á las armas españolas; esto es justo indicarlo, rindiendo culto á nuestra acostumbrada imparcialidad, y justo sería también que así lo reconocieran quienes se empeñan en hacer radicar el mérito de la victoria en una sola de las tres etapas de aquella campaña.

La primera fase de ella fué la preparación para ulteriores operaciones y la disposición general para evitar que el gran desarrollo que desde los primeros momentos adquirió la rebelión pusiera en grave peligro nuestra soberanía, falta entonces del apoyo de tropas peninsulares en número apropiado para hacer frente á circunstancias tan críticas y perentorias; en esta etapa de la campaña, la historia tiene que hacer justicia al general Blanco, que con sólo las fuerzas indígenas, contagiadas en su mayor parte por la rebeldía, supo sostener la autoridad de España, en situación tan difícil que por sí sola constituye el mérito principal de aquel período.

NOTA. *Otros muchos periódicos de Madrid, especialmente militares, hanse ocupado extensa y favorablemente del general* ***Blanco*** *con motivo del artículo* **Cuatro generales** *el día mismo de su publicación; pero, habiéndolos visto el autor de estas líneas en bibliotecas públicas, y no habiéndole sido posible adquirirlos luego, por esta causa no figuran entre los anteriores.*

DOS TELEGRAMAS.

Había yo dicho en *El Nacional* que la casualidad de haber sido el primero en referir la verdad de algunos hechos relacionados con la grandiosa conducta del general Blanco frente á la sublevación tagala, no era debida en modo alguno á que yo sólo conociera aquellos hechos, sino á que, aun abundando en la Península personas que fueron de ellos testigos imparciales, motivos varios las hacían callar; y de todos, el principal, la consideración que acaso cada cual se hacía acerca de la inutilidad de una defensa para hombre tan grande y tan ilustre como el Marqués de Peña-Plata, que por sí solo y mejor que nadie se defendería en el Senado á poco afán que de ello sintiera.

Razón tenían esas personas. Y por lo mismo, porque yo en el fondo convenía con ellas, me apresuré á calificar mi empeño de quijotesco. Mas no por

eso es menos cierto que los aludidos testimonios, precisos ó no, pudieron haber sido alegados antes que el mío, como después lo están siendo, y sin más trabajo que el de requerírselo á quien volvió ó vuelve de Filipinas, según lo demuestran los siguientes telegramas:

De *El Liberal* del 15 de Mayo:

(Por telégrafo y por teléfono.)

LA SITUACIÓN DE FILIPINAS

PINTADA POR UN CAPITÁN DE VOLUNTARIOS.

El término de la insurrección.—Partidas de bandoleros.—La época de las lluvias.—España y los indígenas filipinos.—El origen de la rebelión.—Contra los opresores.—Política de atracción.—Aplausos á la gestión del general Blanco.—Su regreso á la Península.—El general Polavieja.—Otras opiniones.—El odio de los filipinos.—Las congregaciones religiosas.—Respetos á los jesuítas.

Barcelona, 14 (11-20 m.).

Con el general Polavieja desembarcó ayer en este puerto un distinguido militar filipino, D. Eugenio Blanco, capitán de la compañía de voluntarios de Ríos Cánovas, en la provincia de Pampanga.

Este joven, de fino trato, y persona de ilustración, es natural de Filipinas, perteneciente á una familia que goza de brillante posición.

Tiene dos heridas de bala Maüsser en el brazo y

en el muslo derechos, heridas que ha recibido luchando por España en la acción librada en Sinacud, provincia de Bulacán.

Es hermano de D. Agustín Blanco, el héroe de Talisai, provincia de Batangas, el cual murió gloriosamente bajo los pliegues de la bandera española.

D. Eugenio Blanco quiere entrañablemente al general Polavieja.

Por eso ha venido á España, con el exclusivo objeto de acompañarle y no separarse de él hasta dejarle instalado en su casa.

Le he hecho algunas preguntas acerca de la situación del Archipiélago, y me ha contestado lo siguiente:

Conceptúa el capitán Blanco terminada aquella insurrección, aun cuando cree seguro que quedarán partidas sueltas, compuestas cada una por 40 ó 50 hombres, que internándose en las montañas y en los bosques, haciendo vida de bandoleros durante la época de las lluvias, podrán sostenerse con los productos naturales de la tierra.

Si así no fuera, es probable que hagan incursiones, bajando á los pueblos del llano, que robarán y saquearán, haciendo acopio de arroz.

Nuestras tropas no podrán evitarlo, pues durante la época de las lluvias las enfermedades diezmarían al ejército en operaciones.

Como hijo del país, el capitán Blanco dice conocer á fondo á los indígenas.

Añade que quieren á la madre España, y que al levantarse en armas no lo han hecho por odio á la patria, sino contra quienes suponen sus opresores y explotadores.

Por esta razón cree que debe España inaugurar una política de atracción, único medio de evitar que el cariño que nos profesan los naturales del país se trueque en odio.

. . . .

. . . .

Respecto de la gestión del general Blanco, asegura mi interlocutor que no era posible hacer más de lo que hizo, pues evitó que tomase mayores vuelos la insurrección, sin tener tropas suficientes para contenerla, ni estar preparado para dominarla, y sin disponer apenas de otras armas que el gran prestigio que gozaba y el gran cariño que se había conquistado.

El regreso de Blanco á la Península obedeció á que algunos impacientes crearon atmósfera contra el general, porque éste se negó á jugar, sin elementos, el todo por el todo, como también á emprender una campaña de sangre y fuego, según aquéllos deseaban, cortando cabezas á diestro y siniestro.

Cree que el general Blanco merece bien de la patria, merece la gratitud de todos los españoles por su comportamiento en el mando general de las islas Filipinas.

Es seguro, añade el capitán de voluntarios que acompaña al general Polavieja; es seguro dice,

que si los refuerzos que llegaron posteriormente hubieran ido durante el mando del Marqués de Peña-Plata, éste habría logrado los mismos triunfos que ha conseguido su sucesor el bravo general Polavieja.

Respecto de éste dice que es uno de los pocos generales que en el Archipiélago filipino ha conseguido granjearse las simpatías y el cariño de los naturales, de los indios y del elemento peninsular.



De *La Justicia:*

Opinión de otros acompañantes de Polavieja.

En valiosa confirmación de cuanto en otro lugar de este número copiamos de un extenso telegrama de *El Liberal*, y tomándolo del mismo, damos las siguientes líneas:

«Hasta aquí lo que dice el capitán Blanco.

Otros pasajeros del *León XIII*, con quienes también he hablado, confirman cuanto me ha dicho el distinguido y valiente oficial filipino.

Añade que el odio de los naturales del Archiélago es contra las Congregaciones religiosas exclusivamente, porque se han hecho dueñas de aquellas islas, que son los únicos en explotar, habiendo llegado su dominio á tal extremo que ejercen real-

mente de jueces, gobernadores y demás cargos, que absorben por completo.»

Todas estas manifestaciones, cuyo valor crece por tratarse de verdaderos admiradores de Polavieja, vienen á coincidir absolutamente con el artículo publicado en *El Nacional* del dia 10 por Felipe Trigo, y además con las opiniones sustentadas acerca del general Blanco por *El Liberal*, por *El País*, por *La Correspondencia de España*, por *La Justicia* y por otros muchos periódicos, que desde el primer momento rechazaron en determinadas campañas obcecaciones pasionales.

¿Habrá quien dude acerca de la necesidad urgente de despojar á las Congregaciones religiosas de ese anacrónico é inhumano poderío que ejercen en Filipinas?

PARA CONCLUIR.

Hé aquí todavía algunos recortes que prueban hasta qué punto la opinión, que vacilante más que engañada con respecto á la conducta del general Blanco en Manila (pues nunca dió entera fe al engaño, por ese hermoso instinto de la verdad, propio de las muchedumbres), sólo necesitaba para reaccionar en aplausos un pretexto cualquiera, una gota de elixir de verdad, caída en su noble alma colectiva para producir espléndidas y transparentes sinceridades, como se produce transparente y puro el vino que conforta del rico mosto que recibe una gota de fermento. Deben de ser muchas, y muy valiosas por su procedencia, las felicitaciones que en estos últimos días haya recibido el general. Yo no conozco más que las que la prensa ha publicado, y de entre éstas, dignas son de notarse dos en primer término: la de los estudiantes, que empezaron

en su fácil entusiasmo por estar en peligro de prestarse á ciertos juegos de la política de puñal, acabando por deponer sus odios informes é injustos á todo lo que ni en sombra pudiera contrariar ciertos ideales, y la del diputado cubano Sr. Dolz, por lo expresiva.

Además, si no tan directas, felicitaciones han sido también calurosísimas los infinitos trabajos de la prensa en que se le rendía tributo de admiración. De éstos no copiaré más que unos pocos en guisa de muestra.

De *El Nacional* (del 19 de Mayo):

Serenata estudiantil.

POR LA TARDE.

CONFERENCIA CON EL ALCALDE.

La Comisión de estudiantes encargada de organizar la serenata en obsequio del general Polavieja visitó ayer tarde al Sr. Sánchez de Toca, á fin de que éste les facilitara algunos medios que consideraban necesarios para realizar su pensamiento.

Los estudiantes hicieron presente después al Sr. Sánchez de Toca su propósito de fijar bien el carácter del obsequio que dedicaban al general Polavieja, como personificación de las glorias del

valeroso Ejército español, á cuyo efecto habían acordado dirigir á los generales Primo de Rivera y Weyler los siguientes despachos telegráficos:

«Al general Primo de Rivera:

»En nombre de la juventud escolar que nos ha encomendado expresar su entusiasta admiración al heroico Ejército y Armada, á quien tributamos toda nuestra manifestación, **cúmplenos saludar en V. E. Á TODOS los generales que han estado al frente de ese Ejército,** cuyos brillantes triunfos alcanzados en tan rápida pacificación permiten ya anunciar á la patria la vuelta á sus hogares de los cumplidos de ese glorioso Ejército.»

«Al gobernador general de Cuba:

»La juventud escolar, al tributar su homenaje á los gloriosos soldados de España, saluda en la representación de V. E. á todos los generales que han estado al frente de ese admirable Ejército y Armada que combaten tan heroicamente por la patria.»

Firmaban ambos telegramas los estudiantes señores Van-Vaumbergen, Doctor, Turena, Nestar, Pérez, Barber, Raso, Trotonda, Sanz y Sobrino.

El alcalde aplaudió los nobles propósitos de la Comisión estudiantil, y también se mostró dispuesto á dar facilidades para su inmediata realización.

Con esto terminó la conferencia, de la que salieron los estudiantes, como se puede suponer, muy satisfechos.

***

De *El País:*

Felicitaciones.

La felicitación que el exministro conservador Sr. Romero Robledo ha dirigido al general Primo de Rivera por conducto de su sobrino el Director general de Administración de Filipinas, D. Javier Bores y Romero, es la siguiente, según el texto del cablegrama que á continuación publicamos:

«*Bores, Director de Administración.—Manila.*

»Estoy entusiasmado con ese general.

»Primo de Rivera batiéndose personalmente, cuando nada le queda por ganar, contando una victoria por cada día de mando; pacificando el país en tan breve plazo; dando libertad á los detenidos por sospechosos; levantando los embargos y sobreseyendo los procesos, inevitables consecuencias de la paz, es una de las figuras militares más grande y más simpática de nuestros días y de seguro de la restauración.

»Si te lo consiente, dale un abrazo de tu tío, que es su antiguo amigo, y será siempre su más desinteresado admirador, y hasta donde alcance el más infatigable defensor de su gloria, tan bizarra y heroicamente conquistada.—*Romero Robledo.*»

Esta felicitación . . . .
. . . .
. . . .
. . . . tiene mucha miga.

Pero aún tiene más esta otra dirigida al general Blanco por el diputado reformista Sr. Dolz.

«Capitán general D. Ramón Blanco.—Alicante.

En estos momentos en que la patria celebra los triunfos obtenidos en Filipinas por el Ejército y sus caudillos, reitero á usted, en nombre del partido reformista de Cuba y en el mío propio, el testimonio de la más profunda admiración *por el tacto, serenidad y acierto con que en los momentos más graves, los de mayor peligro que ha tenido la insurrección filipina, supo salvar las vidas de los españoles residentes en el Archipiélago* y evitar á la nación *una inmensa é irreparable catástrofe*.—Eduardo Dolz.»

Decididamente, el sindicato organizador de los entusiasmos no contaba con esto. Como no contó con la notable carta del Sr. Trigo, en que se hacía tan cumplida justicia al general Blanco.

Ahora sólo falta que la gente se aperciba de lo que se traen los organizadores de las manifestaciones y se llamen á engaño.

Y adios apoteosis.

*
* *

De *El Liberal:*

Telegrama de Blanco.

El exdiputado reformista cubano Sr. Dolz recibió ayer el siguiente despacho del general Blanco:

«Alcira 16 (9,20 m.)

Eduardo Dolz.—Madrid.

Reciba usted y el partido que representa la expresión de mi profunda gratitud, por las sentidas frases del telegrama de ayer, que recibo en este momento.

Nada hice para merecer tan extremados elogios, debiéndose principalmente los lisonjeros resultados que usted noblemente aplaude, al celo de las autoridades que me secundaron en aquella obra, y sobre todo al admirable comportamiento del Ejército y de los voluntarios, que tan dignos se hicieron, en aquellos difíciles momentos, de la gratitud de la patria.—Ramón Blanco».

***

De *La Correspondencia Militar:*

Polavieja discutido.

Hemos oído asegurar á personas que suelen estar bien informadas, que un importante exministro conservador se propone discutir en el Congreso la conducta política seguida por el general Polavieja durante su breve estancia en el Archipiélago filipino.

Con este motivo aprovechará la ocasión para demostrar ante el país que la campaña contra el general Blanco ha sido altamente injustificada, y que la patria debe al Marqués de Peña Plata gratitud

profunda por haber podido conservar nuestra soberanía en aquellas islas en momentos en que estuvo en grave peligro.

Llegada de Blanco.

En uno de los primeros días de la próxima semana regresará á Madrid el general Blanco, procedente de Alcira, á donde fué para restablecer su quebrantada salud.

Entre elementos ajenos á la política, y que no necesitan excitaciones de los periódicos, se agita la idea de bajar á la estación de Atocha á recibir al ilustre soldado de Peña Plata, recompensándole así de amarguras que injustificadas censuras le hicieron pasar.

***

De *El Nacional:*

Gloria á todos.

. . . .

Desde luego puede advertirse que la manifestación realizada en Barcelona ha sido como cumple á la cultura de este pueblo, digna y respetuosa. Desvanecido el carácter personalísimo que pretendía atribuírsele, ha ofrecido el noble aspecto de entusiasmo por la Monarquía y por el glorioso Ejército de la patria.

. . . .

. . . .

Esos albores son los que saluda España á la postre de tanto sacrificio. Ya las bayonetas de nuestros heroicos soldados y la espada de nuestros generales valerosos, clavan en el escudo de la patria los cuarteles de nuestro imperio colonial, vacilantes un día y próximos á rodar vergonzosamente por el suelo.

Cuando el pecho se abre á tanta esperanza, demos á todos nuestro entusiasmo. A Martinez Campos, soldado valeroso, cuya figura contemplamos mejor alumbrada de los lúgubres resplandores de Coliseo que discutiendo candorosamente con los partidos cubanos; á Blanco, espíritu sereno y grande que contiene la avalancha tagala mientras cursan los mares nuestros barcos repletos de soldados; á Polavieja, que dispone los planes de afortunada campaña; á Lachambre, que los ejecuta briosamente; á Weyler, que calumniado, escarnecido, vive desde hace ocho meses con perpetuo riesgo de la vida, empeñado en audaces correrías, quebrantando palmo á palmo la infame insurrección cubana; á Primo de Rivera, en fin, general español hasta lo hondo del alma, soldado fundido en el crisol de nuestros grandes capitanes, modesto y sencillo, despreciador de la vida y generoso de su sangre.

Para todos ellos el aplauso. Eso queremos nosotros y eso queríamos que fuese la manifestación cuando la hubiere, y eso será cuando la haya.

Y todos esos laureles, todas esas caricias populares, prematuros aún, bien que ya adivinados y se-

guros, elévense al altar de la patria y á las gradas del Trono, en cuya santa defensa ofrecen la dulce vida nuestros heroicos soldados.

***

De *El Liberal:*

Bienvenido.

El general Polavieja, á quien enviamos desde estas columnas una cordial bienvenida, ha sido recibido por la ciudad de Barcelona con todo el cariño y con todas las consideraciones á que tiene derecho.

. . . .

. . . .

«Al heroico Ejército de mar y tierra, al ilustre Polavieja y *á los generales*, jefes, oficiales y soldados del Ejército y Armada de Filipinas.» Así decían los letreros del arco de triunfo, y en ellos estaba expresada la verdadera significación de un acto, al cual, puestas ya las cosas en su punto, se asociará de buen grado España entera.

Debemos alegrarnos todos de que la polémica algo apasionada de estos últimos días, haya dado motivo para desvanecer sombras y aclarar sospechas, que al principio habían sublevado la conciencia de cuantos rechazan las injusticias notorias y abominan de los poderes personales.

Mientras se pretendió glorificar á un general

mediante el descrédito de otros; mientras se quiso presentarle, no sólo como el mejor, sino como el único; mientras se trató de demostrar á las gentes que él era quien en Filipinas lo había hecho todo, que antes de él nadie había hecho nada, y que después de él nadie haría más que recoger desahogadamente los frutos de su tarea; mientras se le calificó de brazo derecho de las instituciones, de entidad superior á los Gobiernos y de redentor predestinado é indiscutible de la patria, opusiéronse á semejante desvarío todos los que estiman la bravura del Ejército español y la competencia de sus caudillos en el altísimo grado que merecen, todos los que profesan algún amor al régimen constitucional, todos los que considerándose ciudadanos de un pueblo libre, están resueltos á no tolerar jamás ni tutelas ni andadores.

Afortunadamente, han vuelto á su nivel y aplomo las cosas sacadas en los primeros instantes de quicio.

Y unos y otros hemos venido á coincidir en lo justo, para reconocer en el general Polavieja la única significación que le corresponde, y que es, por añadidura, la que más debe satisfacer á un buen patriota y á un buen soldado.

El general Polavieja, que ha desarrollado con pericia y fortuna **la obra iniciada por el general Blanco**, y ahora llevado á término feliz por el general Primo de Rivera, personifica dignamente al Ejército y á la Armada, que han asegurado en

el vasto territorio filipino la soberanía española.

Con bien vuelva, el que tan alta representación ostenta, al seno de la patria agradecida.

***

De *La Correspondencia Militar:*

La campaña de Filipinas.

. . . .

La llegada de los contingentes peninsulares que precedieron, acompañaron y siguieron inmediatamente á la llegada del general Polavieja, determina la segunda etapa de la campaña, coronada por el éxito en las operaciones sobre Silang, Dasmariñas, Imus y Baccor, hábilmente desarrolladas por el general Lachambre, y que ponen de manifiesto la pericia en la dirección de ellas demostrada por el general Polavieja. Fuera injusto negar, y nadie habrá que lo niegue, que el general Polavieja desarrolló admirablemente esta segunda etapa; ¿pero no sería también justísimo reconocer que con iguales elementos habría obtenido idénticos resultados el general Blanco, que tiene en su historia militar páginas que le enaltecen, así en la guerra del Norte como en la llamada *guerra chiquita* de Cuba, que bajo su absoluta y exclusiva di-

rección y aun con su intervención personal en las operaciones fué terminada?

. . . .

. . . .

***

De *El Liberal* (del 21 de Mayo):

«Blanco y Romero Robledo.

Ante numerosos diputados y periodistas decía ayer tarde el Sr. Romero Robledo en el salón de conferencias del Congreso:

«Estoy completamente convencido, y no he de tardar mucho en demostrarlo ahí dentro, que no sólo durante la actual regencia, sino desde el reinado de D. Alfonso XII, no hay general que haya prestado á la patria un servicio mayor que el general Blanco, y confío en la rectitud de quienes más lo han combatido hasta hoy, que ante las pruebas que se han de hacer públicas muy en breve, lo han de reconocer así.»

EN EL CONGRESO.

(Sesión del 1.º de Junio de 1897.)

De *La Época:*

Interpelación del Sr. Romero Robledo.

El Sr. ROMERO ROBLEDO explana su anunciada interpelación.

. . . .

. . . .

Dice que D. Pedro Rojas es amigo suyo, un español dignísimo y amante de su patria, víctima hoy de la calumnia.

Del españolismo de Rojas no dudan las personas de más prestigio de Filipinas. Algunas autoridades y el mismo arzobispo de Manila se han declarado en favor de D. Pedro Rojas.

Para desvanecer las calumnias que comenzaron á propalar contra él, su esposa, señora virtuosísima, le aconsejó y le rogó que pidiera autorización para venir á Madrid, alejándose así de todos sus enemigos.

Rojas, que era consejero de administración, pidió la autorización que su mujer deseaba, autorización

que en junta de autoridades se le concedió, por considerarle digna de ella.

«Digo todo esto—añade—porque el cargo más grave que se lanzó contra el general Blanco fué que había dejado *escapar* á D. Pedro Rojas.»

Este tuvo la desgracia de venir á la Península en el mismo vapor que Rizal, y esto hizo que aumentaran las suposiciones y sospechas que propaló la calumnia.

Perseguido tan injustamente, Rojas ha tenido que refugiarse en París, donde hoy se halla, viviendo modestísimamente en un hotel de tercer orden, por tener confiscados todos sus bienes.

Lee varios documentos que acreditan la honradez é inculpabilidad de Rojas, haciendo notar que D. José Clavé, nombrado administrador de los bienes de aquél, y que en varias cartas, todas contradictorias, había sospechado de que á Rojas podría alcanzarle responsabilidad, en una escrita recientemente (y que también lee) declara ya de manera terminante que Rojas es inocente y que espera que en breve se le haga justicia.

(Al retirarnos de la tribuna el orador lee una carta que D. Jacobo Zobel dirigió al Presidente del Consejo de Ministros á raíz de declararse la rebelión.)

*
* *

De *El Liberal:*

Comienza su discurso el Sr. Romero Robledo

diciendo que siente en el alma que el anuncio de su interpelación haya despertado tanta expectación y curiosidad tanta, que él, necesariamente, ha de defraudar.

No se explica que haya ocurrido esto cuando él puso especial cuidado, al anunciar la interpelación, que en modo alguno significaría ésta acto de hostilidad al Gobierno.

Voy á hablar—dice—en defensa de la justicia y por un deber de conciencia.

Niega que él haya repartido papeletas de tribuna para la sesión, ni que haya contribuído á la expectación, un tanto artificiosa, que ha resultado.

(Entra en la Cámara el Sr. Cánovas.)

Manifiesta el orador que va á hacer delante de un Gobierno amigo lo que ha hecho otras veces delante de un Gobierno contrario.

Se ha dicho que yo vengo á atacar al general Polavieja. No es cierto. Jamás, jamás, en mi larga historia política, he atacado á ningún general. Tampoco lo haré ahora.

Soy uno de los primeros en reconocer los méritos contraídos por el general Polavieja y los servicios que ha prestado á la patria.

Como también reconozco los del general Blanco, de ese general tan ilustre, cuya hoja de servicios puede servir de ejemplo; de ese general que últimamente ha sido víctima de ataques injustificados, de especies calumniosas y á quien he acompañado en su cruento y largo calvario.



Aquí tengo un libro (señala al banco) en que se ataca despiadada é injustamente al ilustre Marqués de Peña-Plata:

El Sr. RETANA (1): Pido la palabra.

Sí, señores diputados—continúa diciendo el señor Romero—en que se le ataca insidiosamente, calumniándole, infamándole.

Al general Blanco, que con fuerzas escasísimas libró 106 combates, muchos de ellos mandados por él mismo, contra un enemigo cien veces mayor en número y sólidamente atrincherado, y al que venció siempre y causó enormes pérdidas.

Hace historia detallada de los actos realizados por el general Blanco desde que estalló la insurrección hasta su regreso á la Península.

Censura nuevamente los ataques que, ya en la prensa, ya en el libro á que antes se ha referido, se han dirigido al general Blanco.

Yo me asocio de todo corazón á las manifestaciones hechas en honor del general Polavieja por sus éxitos militares; pero cuando de éstos se quiere hacer un arma política, me reservo mi opinión.

Y ya que hablo de los generales que últimamente han defendido la integridad del territorio en Filipinas, justo es que dedique un caluroso elogio al general Primo de Rivera, que ha ido al Archipiélago filipino cuando nada tenía que ambicionar ni pre-

(1) Que escribió y publicó artículos violentos contra el general Blanco.—*(Nota del autor.)*

tender y sólo por cumplir el sagrado deber de poner su espada al servicio de la patria y del trono.

Yo elogio y elogiaré siempre á todos los generales por los éxitos que logren, no escatimándoles jamás un solo aplauso; pero protestaré una y mil veces de que esos mismos generales se mezclen en las contiendas políticas.

. . . .

. . . .

Breve, muy breve fué el discurso del Ministro de la Guerra, pero con tanto acierto y tino procedió el Sr. Azcárraga, que consiguió evitar lo que parecía inevitable; un choque violento entre el Ministro de Ultramar y el Sr. Romero Robledo.

Agradeció en levantadas frases el general Azcárraga los elogios tributados por el Sr. Romero Robledo á los generales que durante la insurrección han mando en Filipinas; defendió discretamente á los tribunales militares del Archipiélago, y termina prometiendo al Sr. Romero Robledo que el Gobierno suavizará cuanto pueda el rigor de las leyes, ahora que la insurrección está casi acabada, y que, respecto al caso del Sr. Rojas y á los deseos manifestados en favor de éste por el Sr. Romero Robledo, se atenderá como es debido y se hará justicia.

El Sr. ROMERO ROBLEDO: Agradezco al señor Azcárraga la intervención que ha tomado en este debate. Después de sus manifestaciones me abstengo de contestar al Sr. Ministro de Ultramar.

Lo dicho por el Sr. Azcárraga es lo menos que yo

Pelayo 64

Director

Precio: 1,50 pesetas en Madrid.

Se vende en las principales librerías de España y Ultramar.